

**DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO (B)**  
**Homilía del P. Daniel Codina, monje de Montserrat**  
**25 de enero de 2015**  
**Jon 3, 1-5. 10 / 1Cor 7, 29-31 / Mc 1, 14-20**

Las lecturas de este tercer domingo del tiempo ordinario, hermanos y hermanas, diría que tienen un denominador común, un hilo conductor que guía y orienta nuestra atención en este momento importante de la liturgia dominical, como es la liturgia de la palabra. Y quisiera que estas palabras mías explicativas y exhortativas os ayudaran a seguir el hilo conductor que nos propone la liturgia. ¿Cuál es este hilo al que podemos agarrarnos y avanzar hacia el descubrimiento del sentido de la Palabra de Dios? Las tres lecturas nos hablan de tiempo, de momentos, de la hora que llega, de la hora decisiva. Seguimos brevemente las tres lecturas que todos acabamos de escuchar. Como primera lectura hemos oído la narración de un fragmento del libro del profeta Jonás: el momento de la predicación del profeta en la ciudad de Nínive, grandiosa, corrupta, que hace caso de la predicación que escucha por las calles y se convierte, hace penitencia, para que no caigan sobre ella las amenazas del profeta, y Dios perdona la ciudad. La lectura se centra en el hecho de que los ninivitas comprenden el momento de Dios, a través de Jonás, y se convierten. La segunda lectura ha sido un fragmento corto de la primera carta de San Pablo a los Corintios, en el que el Apóstol les exhorta porque *el momento es apremiante*: saber usar el momento que Dios nos da de vivir ahora, valorar la ambigüedad y la caducidad de los asuntos de este mundo, frente al momento que tenemos delante y a lo que durará por siempre. Es más, esto Pablo no lo dice por desprecio del mundo presente, ni por una ascesis leída en clave escatológica (del mundo del más allá); Pablo lo dice de esta manera porque, en un momento determinado de la vida, ha hecho el descubrimiento de Jesucristo, y Jesucristo clavado en cruz y resucitado: y eso es lo único que le interesa y es el evangelio que predica. *La excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, escribiré a los Filipenses, por él lo perdí todo, y todo lo estimo basura con tal de ganar a Cristo... y conocerlo a él, y como bautizado, muriendo su misma muerte, para llegar un día a la resurrección de entre los muertos* (Fil 3, 8-11). El bautizado vive ya en el tiempo de Dios, de la salvación y de la gracia, aunque debe hacer camino en el tiempo presente. El Evangelio, tercera lectura, nos habla de un tiempo preciso: *Cuando arrestaron a Juan*; y que en este momento Jesús anuncia: *Se ha cumplido el plazo*. El momento preciso, el encarcelamiento de Juan, indica un cambio: termina la predicación de Juan, termina la era antigua del Antiguo Testamento y comienza la hora nueva, la de la predicación de la Buena Nueva de Dios: que el Reino de Dios está cerca; que hay que convertirse, como lo hicieron los ninivitas, no actuar más como hacían los hombres celosos de la Ley, los fariseos y los escribas, y en cambio creer en la Buena Nueva de Jesús; no vivir sólo en el tiempo presente con todo lo que conlleva de deberes familiares, de trabajo, de ganarse la vida, como hacían Andrés y Simón y Santiago y Juan, y entrar en el nuevo momento de Dios, dejándolo todo y hacerse discípulo de Jesús. Con Jesús *se ha cumplido el plazo*; con Jesús se hace presente el Reino de Dios, la Buena Noticia que predica, porque, en verdad, es una Buena Noticia que hace bien escucharla, oírla resonar en medio de un mundo envejecido, ambiguo, a menudo muy falso y mentiroso que pocas verdades nos aporta, egoísta y violento, desunido y que da poco pie a la esperanza y sólo da alegrías pasajeras y deslumbrantes, superficiales y engañosas; sin olvidar las grandes dosis de buena voluntad, de amor y solidaridad que es capaz de generar.

Pero nos podemos preguntar: ¿qué es el Reino de Dios que Jesús anuncia como presente y que predica para que nos adhiramos a él, para que entremos a formar parte de él? Jesús nunca nos da una definición como quisiéramos nosotros; será a lo largo de su ministerio de predicador cómo nos lo irá descubriendo a través de las diferentes

parábolas sobre el Reino: un grano sembrado, un convite de boda, un grano pequeño que crece, una levadura que hace subir la masa, el amigo inoportuno, los chicos que juegan en la calle, el tesoro escondido y la perla, etc. Siguiéndolas, nos daremos cuenta de que, haciendo un esfuerzo de síntesis, llegamos a la conclusión de que el Reino de Dios es el momento de Dios, la hora de Dios, que en Jesús queda personificado y no se queda en una definición abstracta. Es lo que comprendió San Pablo desde el momento de su conversión, de la que hoy celebramos la fiesta. Es lo que intuyeron, más que comprender en ese momento, los cuatro jóvenes que en un momento determinado de su vida, Jesús los llama pasando junto al lago, y con gesto decidido, le siguen. La hora de Dios les ha llegado y hacen el cambio de vida: lo dejan todo y siguen a Jesús.

Hermanos: he aquí como Marcos, de manera muy simple, sin tergiversaciones ni envoltorios doctrinales o disquisiciones morales, nos presenta la llegada del Reino. El cambio de vida de los discípulos es como una parábola del Reino: no en vano Jesús les dice, les predice, que serán *pescadores de hombres*, una frase de carácter parabólico apoyada en el oficio que ejercían de pescadores.

Sigamos nosotros este hilo conductor que nos lleva a la comprensión de Jesús, pero también, que nos lleva a responder con prontitud y con fe a la hora de Dios.